Ragnarök porteño

Corren, corren... pero en cada esquina
hay un Sol y una Luna que enceguecen.
Nieblan las calles los pájaros negros
que presagian los destinos: los cantos
se escuchan pero no se ven los vuelos...
Ella, tan cortina, tan cristal, ramada,
envuelve la noche con sus pechos;
rodea de artimañas la penumbra;
se luce, brillando, y raya en besos
la geometría de las calles.
Él, tan de plomo, de martes vestido,
respira por la sangre que chorrea;
alambica su risado; se sustancia en el poema
como un perro de dos colas.
Plateados, asoman las ventanas a sus caras:
la noche en derredor, metal, siniestro,
traza curvas de muerte en el tiempo
y pergenia, rumiando, una vaca de ayeres.
Se cruzan vaca y Ellos. Corren... corren
y en cada esquina de Sol y Luna
encuentran los ríos de ciudad: se sumergen,
nadan, nada nadan, pesando los alambres
y el cobre de los ojos... Ríen, espásmicamente ríen,
cuando brotan los pichones de las plantas:
Samotracia queda chica a la boca de un melón—
grita un cóndor. Vuelan... vuelan al Molino Rojo
del loco Fijman: allí estarán seguros de muerte,
pero Fenris los persigue y finalmente los devora.

Ariel Fleischer (1999)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Revista cultural

Esperando a Godot

El buey solo, bien se lame.

El cuerpo del otro a través de la obra de Joel P. Witkin
por Ariel Fleischer

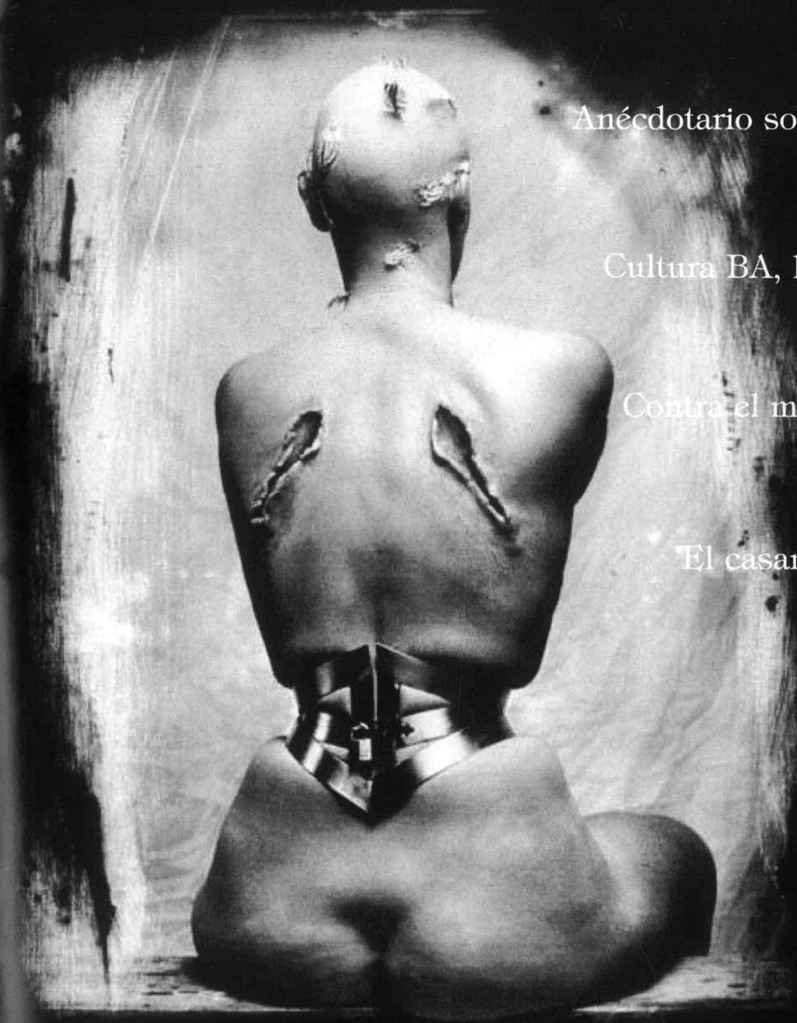
Anécdotario sobre Macedonio Fernández
por Víctor Malumián

Cultura BA, la cultura de la restricción
por Martín Sanchez Ocampo

Contra el mito de la página en blanco
por Gabriela D'odorico

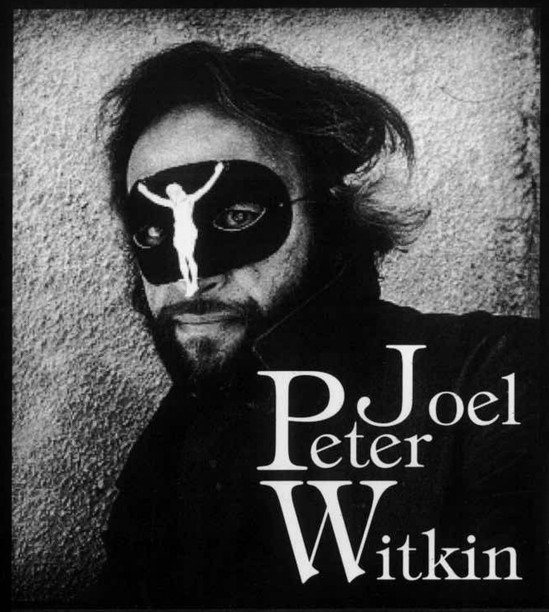
El casamiento de Carolina y José
por Mariana Kozodij

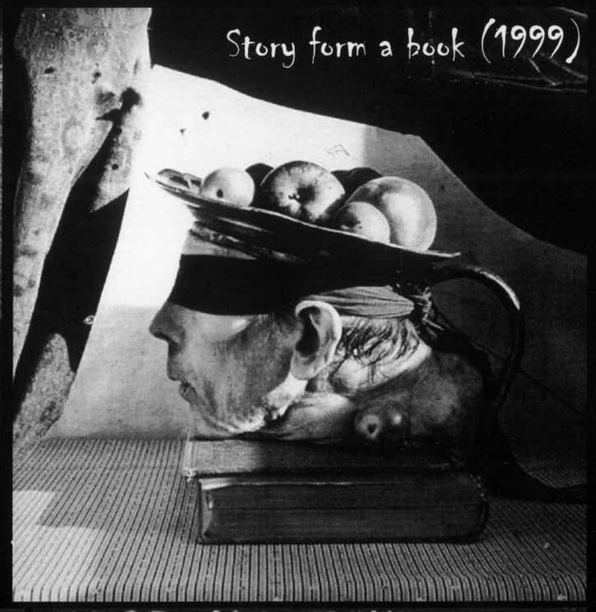
El fanatismo en la ciudad
por Hernán López Winne



01

Entrevista a:
Alberto Laiseca





Realizado con el apoyo del

FONDOCULTURA BA

PROGRAMA METROPOLITANO
DE FOMENTO
DE LA CULTURA, LAS ARTES
Y LAS CIENCIAS

SECRETARIA DE CULTURA

gobBsAs

Staff

Esperando a Godot
los que hacen

Editor Responsable
Víctor Malumián
Director
Ariel Fleischer

Ilustraciones
Diego Cantamessi
Ilustración de contratapa
Francisco Schaer
Foto de tapa
Joel Peter Witkin
Director de arte y diseño
Dr. Faustroll

Colaboradores
María Gabriela D´odorico
Mariana Kozodij
Martín Sánchez Ocampo
Hernán López Winne

Agradecemos a:
Gisela Cantamessi
Silvina Pachelo
Secretaría de Cultura del
Gob. de la Ciudad de Bs. As.

E-mail
revgodot@yahoo.com.ar
Dirección legal
Ramón Freire 3563, c.p. 1429

Revista cultural de publicación mensual. Distribución gratuita en los centros culturales Borges, Recoleta, Rojas y San Martín. Registro de la propiedad intelectual en trámite. Derechos reservados. Las opiniones vertidas en este ejemplar son responsabilidad de quien las firma.

Sumario

Contra el mito de la página en blanco.
por Gabriela D´odorico

Cultura BA.
La cultura de la restricción.
por Martín Sánchez Ocampo

El casamiento de Carolina y José.
por Mariana Kozodij

Anecdotario sobre Macedonio Fernández.
por Víctor Malumián

Entrevista a Alberto Laiseca.

El cuerpo del otro a través de la obra de Joel Peter Witkin.
por Ariel Fleischer

El fanatismo en la ciudad.
por Hernán López Winne

Editorial

"Estos son mis principios, si no le gustan tengo otros"

G. Marx

¿Dónde quedaron periódicos y revistas como *Martín Fierro o Sur; Cuadernos de Cultura o Pasado y presente*? ¿se han perdido en la nebulosa de la época? ¿A dónde han ido a parar publicaciones de la talla de *Los Anales de Buenos Aires* o *Comunicación y Cultura*? ¿sus premisas polémicas que enriquecieron las discusiones culturales han perdido vigencia? ¿ya no queda nada que decir?

El campo cultural argentino se presenta vaciado de contenidos. Sólo vasta como ejemplo el pasquín inmundo del diario de mayor tirada nacional, donde los artículos periodísticos son propagandas encubiertas pagadas por las editoriales, que plantea una cultura mercantilizada. Los bajos estándares de calidad de escritura que imponen masifican el consumo de los productos uniformizando al público. Desde su enfoque político actúa como operador ideológico del gobierno en pos de la disminución del conflicto social.

El ideal de una pluralidad de voces como caja de resonancia en la que debiera gestarse la cultura, es sistemáticamente combatido por un mercado que impone reglas tan claras como siniestras. Los espacios para la reflexión sufren los embates de las nuevas políticas culturales destinadas a la venta masiva de ejemplares, sacrificando el nivel intelectual para que un número creciente de potenciales lectores pueda "comprender". Esto tiene como resultado una homogeneización de contenidos donde se reducen las posiciones críticas a la lucha de los inflados egos de algunos escritores que se pelean como vedettes del espectáculo.

En cuanto a los contenidos se plantean dilemas parecidos. Las revistas y suplementos culturales de hoy se adscriben a un mismo plan de edición ejecutado en tres movimientos: primero, aquel que se basa en desacreditar figuras consagradas de la literatura sin una base sustentable más allá de la opinión o el entredicho; la búsqueda de una falsa polémica que plantean escritores contemporáneos seducidos por la repercusión de frases ciegas. Segundo, la crítica a-sistemática y complaciente —por no decir la venta— de los "libros de moda", su puesta en escena como la "mejor literatura" consagrada por los rankings de venta. Tercero, la utilización de una serie de "escritores comodines" siempre disponibles para la cita y para la elaboración de notas tradicionales y remanidas, plasmada en la biografía de un escritor reconocido en compañía de una foto inédita.

¿Y la cultura donde está?

Las políticas televisivas del canal nacional, subordinadas a los tiempos del medio, reducen la cultura a su más exigua expresión. Los canales privados directamente escapan a esta temática. ¿Acaso cuatro personas disertando alrededor de una mesa llena de libros son una muestra del alcance cultural del periodismo actual? Al parecer es todo lo que logramos.

¿Hasta cuándo debemos soportar esta imposición monótona y oligopólica? Ante la necesidad imperante de una voz que aborde nuevos temas fuera del discurso legitimado por editoriales y periodistas, proponemos una revista abierta a la participación y a la discusión.

Reivindicamos a los nuevos escritores que invierten su tiempo en escribir, lejos de las discusiones mediatizadas. Obligados a debatirse entre el difuso intento de las pequeñas editoriales de viejas visiones y las grandes editoriales que miran con una mezcla de recelo e ironía los intentos independientes por formular nuevas propuestas. Intentamos mostrar una gama de expresiones culturales que por automatismo estilístico del mercado han sido olvidadas. Poner en circulación nuevos discursos no vinculados a la idea de la cultura legítima.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Contra el mito de la página en blanco

por Gabriela D'odorico

Un hombre de ceño fruncido manotea una vieja máquina de escribir de la que proviene un martilleo metálico arrullador para, los que hace rato, duermen. La luz de una vela proyecta una silueta oscura que se mueve afiebradamente al compás de los trazos y de las tachaduras de la pluma sobre una mesa atiborrada de papeles amarillentos. Un insomne silencioso devorado por la luz grisácea y electrizante de la pantalla de la computadora se mece al ritmo de los chasquidos plásticos de su teclado. Tres postales imaginarias de los que trabajan con la palabra escrita en pleno acto creativo, tres fotografías cristalizadas que no han perdido algo de su fulgor romántico. En ellas el escritor suele ser alguien serio, melancólico e irritable, obsesionado por no demorar el llenado de una página en blanco, pensada frecuentemente como un vacío infinito. La pintura, la fotografía y el cine enfatizaron este ideal del oficio de la escritura, sea ella científica, literaria o filosófica. Contribuyeron, a su vez, a mostrar la creación como consecuencia de un disciplinamiento físico casi religioso, en el que se incluyen la soledad, el recogimiento, una postura física y hasta un espacio adecuado. No dejaron de destacar que una obra, que puede abarcar desde lo musical hasta lo cartográfico, irrumpe como un *algo* donde antes no había *nada*. Lograron fijar la metáfora de una auténtica creación *ex nihilo*.

Pero ¡qué responsabilidad la de partir de la *nada*! ¡qué vértigo el de jugar a ser un Dios con pluma cucharita, tablero plástico, o racimo de martillos metálicos! Es cierto que el riesgo, aparentemente, es el de enfermar o enloquecer de soberbia pero ¡qué excelente oportunidad para alcanzar el mayor grado de reconocimiento social posible! Estamos sólo ante los primeros síntomas que produce el veneno de la arrogancia convenientemente inoculado. Y la intoxicación, que es lenta pero continua, finalmente acontece. Con la más o menos rápida proliferación de palabras sobre la hoja, hasta hace poco limpia, va creciendo el convencimiento de que allí se está produciendo algo muy valioso y especialmente novedoso. A su vez, cobran sentido primordial, la elección obsesiva de las formalidades académicas en boga que oficien como certificado de control de calidad, la adaptación al sentido común y a la corrección política de los tiempos que corren y, la necesaria agilidad de lectura que reclaman las editoriales. El dispositivo disciplinario acaba de quedar desplegado por completo y comienza a funcionar en forma automática. A su vez la mercancía cultural, resulta puesta a punto para un éxito, generalmente efímero. No es poco lo que se ofrece, las garantías abarcan desde el inofensivo entretenimiento a la placentera terapéutica.

Nada más alejado del acto creativo que esa *nada*, casi infinita, simbolizada en la austera hoja en blanco. La angustia inicial se origina en la profusión de palabra escrita, también casi infinita, en la que ya estamos inmersos. Esta prodigalidad incluye ideologías, teorías científicas, artísticas y filosóficas, pero, especialmente, modelos morales que definen lo que es un ser humano culto, trabajador, universitario, innovador o académico por nombrar sólo algunos atributos. Se escri-be a pesar y contra todo esta abundancia, remontando la amarga sensación de que lo mejor o lo que deseamos escribir, ya fue escrito. Y esto significa desatar duras batallas no sólo contra el movimiento multiplicador de todo lo que "se dice y se escribe" sino contra los amados libros de cabecera y los venerados escritores fetiche. Una atenta vigilancia debiera poner bajo sospecha todo uso del lenguaje, ya que no hay palabra neutra ni inocua. Frente a esta invitación que nos hace el lenguaje a pelear contra él, surge, a menudo y de forma inmediata, la tentación de buscar refugio en la escritura intimista de la experiencia personal. Claro que esta opción, por lo general, produce modos de la escritura que se alejan de lo que es la obra literaria, filosófica o científica.

Los grandes escritores no son precisamente aquellos que acumulan cantidad de obra, o títulos de miles de páginas. Tampoco son pobres almas castigadas con una vida de desdichas, o personalidades transformadas en ilustres debido al unánime reconocimiento. Estereotipados atributos como los mencionados pueden estar o no en un escritor, pero serán a lo sumo un mero accidente. La grandeza de un escritor, haya escrito mucho o poco, haya o no sido feliz, queda irrefutablemente a la vista cuando se advierte en la obra la osadía de poner en práctica el ejercicio de la propia libertad. Esto supone romper con la repetición incansable del discurso vigente pero sin que el relato egoísta y soberbio de la vida privada individual sea el nuevo cobijo.

La creación como un acto supremo de la libertad comienza cuando desde el propio interior una tercera persona nos desposee del decir yo. El yo del autor desplazado es la condición que posibilita la aparición de un personaje neutro. Ese personaje adquiere una mirada propia, se convierte en una potencia que supera infinitamente la pobreza reducida y tristemente abarcable del yo del autor que desea, a cualquier precio, ponerse en el lugar privilegiado del relato. Así los personajes de las grandes obras, son los que se agigantan al punto de cobrar autonomía respecto del autor. Son célebres los ejemplos del Sócrates como personaje de Platón, del Quijote como antihéroe independizado de Cervantes, de la figura de Adán Buenosayres como construcción metafísica de Marechal, o de Inodoro Pereyra como estrella vernácula de Fontanarrosa. Y aunque el personaje no sea siempre identificable con claridad, ya que un narrador omnisciente también podría entrar en esta descripción o un autor convertirse en personaje de sí mismo, la idea sirve para descubrir la novedad en la escritura. En esos personajes pueden detectarse, poniendo un poco de atención, las suturas de las heridas originadas en largas y encarnizadas contiendas protagonizadas por el autor dentro del mar de las palabras dichas. García Lorca las describía como luchas cuerpo a cuerpo en las que, incluso, no le importaba ser vencido. En ellas se está dispuesto a todo o nada. Si lo que irrumpe como resultado se denomina desestabilizar el orden, fragmentar la unicidad, subvertir el pensamiento, inventar una mirada diferente del mundo, o revolucionar el estado de cosas, se trata nada más que de rótulos. Apartar el lenguaje del mundo, de la política y del poder vigentes sin caer en el anecdotario de la interioridad, requiere de actos forjados por el trabajo y la lucha. Estos son los actos capaces de engendrar modificaciones profundas, aún cuando algunos reaccionen atacados por espanto y otros digan torpemente que se aburren. Sólo en este sentido la escritura puede ser todavía sustancialmente novedosa y gozar de una seducción turbulenta.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cultura BA, la cultura de la restricción

por Martín Sánchez Ocampo

Domingo 5 de diciembre. Es nuestro primer fin de semana luego del período de exámenes y entrega de ensayos en la Facultad. Tenemos tiempo libre y sentimos deseos de esparcimiento. La información recogida en Internet nos sugiere dos alternativas, un recorrido: la muestra de León Ferrari, seguida por la visita al Estudio Abierto en la Confitería del Molino.

Salimos, es una tarde agobiante. El clima en Buenos Aires se parece cada vez más a un caldo en el que nos cocinamos lentamente. Llegar al Centro Cultural Recoleta no es tarea sencilla. Hay que tener cintura para esquivar una feria atestada de paseantes indecisos, vendedores de tortas caseras y puestos de Tarot.

La Retrospectiva de Ferrari expone las obras creadas desde 1954 hasta el 2004. Se encuentra en la Sala Cronopios y C. La Producción Actual está en la Sala J. Para ingresar hay que someterse a un cacheo por parte de los empleados de seguridad. La medida fue tomada a causa del incidente vandálico del viernes anterior, en el que unas diez obras fueron destruidas por unos fanáticos religiosos. Las agresiones y el comunicado del cardenal Jorge María Bergoglio, quien calificó a la exposición como una blasfemia, surtieron un efecto boomerang de publicidad que provocó una convocatoria masiva a la muestra.

Esperar una hora al sol para ser revisados nos desanima y postergamos la visita para otro momento. Aprovechamos la cercanía y decidimos probar suerte con la función de Saraband, la última película de Ingmar Bergman, que se proyecta en el Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires.

Nos acercamos a la mesa de informes del edificio que alberga a la Colección Constantini. La encargada nos dice que la función está por comenzar, que aquella es la fila para ingresar a la sala, y que la entrada cuesta ocho pesos.

¿Hay descuento para estudiantes? - preguntamos.

Sí - nos contesta - cincuenta por ciento, permítanme la libreta por favor.

No la trajimos - replicamos.

Necesito sí o sí una acreditación – nos devuelve como burocrática respuesta.

De acuerdo, danos entradas sin descuento.

¡Cuánta exigencia!

Nos ponemos en fila con el resto de los futuros espectadores. De prolijo uniforme, camisa blanca y pantalón negro, se acerca un empleado de seguridad y nos pide por favor que formemos una fila derecha, hacia abajo. Avanzamos e ingresamos a la sala.

Ha terminado la película. Saraband da cuenta de lo fútil que resulta el reencuentro entre Johann y Marianne, separados hace muchos años. La pareja es la misma de "Escenas de la vida conyugal", film que Bergman estrenó en 1974. El director extrae de sus actores expresiones inherentes a lo más hondo de lo humano. A su vez, Erland Josephson y Liv Ullmann, entre otros intérpretes, dan todo de sí. Este grupo humano se asocia en un vínculo ficcional que sublima las tensiones ocasionadas por el modo de vida burgués. La película también muestra con frontalidad lo sórdido y déspota que se puede volver el vínculo entre padres e hijos, incluyendo una relación incestuosa entre Henrik, hijo de Johann, y su joven hija Karin.

La de Bergman es una *ars* cinematográfica caracterizada por el uso austero de los recursos audiovisuales, empujando sus films hacia una zona híbrida con lo literario. Las películas de este octogenario director sueco son experiencias que requieren un espectador atento y Saraband no es la excepción.

Al fin un poco de goce. Estamos tan satisfechos que podríamos regresar a nuestras casas, dando por finalizado nuestro paseo. Sin embargo, no nos queremos quedar con la duda sobre el Estudio Abierto. El Gobierno de la Ciudad lo promociona como un festival multidisciplinario que tiene como protagonistas al arte, los artistas y los diversos barrios: "una vidriera temporal de las tendencias contemporáneas y vanguardistas del arte local".

Lo que más nos motiva es la posibilidad de entrar a la legendaria Confitería Del Molino, ubicada en la esquina de Callao con Rivadavia. No se puede ver hasta dónde llega la cola para ingresar. Un agente de seguridad dosifica la entrada restringida por un vallado. No tenemos paciencia, nos colamos y por suerte nadie se queja.

Inaugurada en 1916, la Confitería posee salones estilo art nouveau, unos vitrales italianos, arañas, columnas de mármol y ventanales. Los techos se ven deteriorados y el encierro ha dejado sus marcas en un local que cerró en 1997 por problemas económicos.

Las instalaciones artísticas expuestas en la primera planta pasan bastante desapercibidas. En las vitrinas se exhiben bombones con formas eróticas acompañados por unas 250 "delicias danzantes" dibujadas con tinta por Alberto Passolini. Hay una mesa larga, cubierta con un mantel blanco, está vacía, como a la espera de sus comensales. Las sillas están intervenidas con silicona negra.

Dentro del salón la fila de visitantes forma una espiral para subir a la segunda planta. Hay personas que acceden a la escalera sin realizar la espera. Nos preguntamos qué es lo que los convierte en privilegiados.

Arriba toca en vivo la banda Pornois. El cuarteto electrónico ejecuta composiciones rítmicas, acompañadas por una cuidada edición de imágenes que se proyectan a sus espaldas. La propuesta audiovisual es atrevida. Comienza con *Conozca Pornois,* un pseudo documental sobre el ascenso al éxito del grupo al estilo E! True Hollywood Story, que incluye testimonios de diferentes personajes que dan cuenta de su relación con la banda.

La música, la gráfica y los videos están en una interacción constante. Son de alto impacto las animaciones con Torres Gemelas destruidas por un Godzilla; las de un Che Guevara con el logo de "Intel Inside" en la boina; las de escaleras mecánicas que repiten su viaje de manera hipnótica; o las de Bin Laden y actrices porno con mensajes en circulación lineal interpuestos. Lo de Pornois es un bombardeo informativo.

La aglomeración de gente y el calor de las luces nos agotan. Decidimos retirarnos. A la salida de la Confitería podemos verificar que el acceso se ha complicado aún más. El hijo de Jorge Porcel reclama entrar haciendo conocer su apellido. Detrás de él, jóvenes vestidos con prendas de diseño miran ansiosos hacia dentro del local. Probablemente vienen de Palermo Hollywood.

Buenos Aires puede ser considerada como una ciudad de amplia oferta cultural. Pero de nada sirven tantas opciones si el acceso a ellas es restringido. Al recordar que en octubre de 2003 se pudo participar de un encuentro con León Ferrari en el Centro Cultural Ricardo Rojas, en el que se proyectaron imágenes de su obra y se leyeron fragmentos de sus textos sin mayores escándalos; al reparar en que en su país de origen, el film Saraband de Ingmar Bergman fue estrenado en televisión; y al comprender que lo de Estudio Abierto no fue mucho más que una estrategia de publicidad inmobiliaria para recuperar la Confitería Del Molino; la sensación que nos queda es de decepción.

Por otro lado, nuestros sentidos requieren de cierta predisposición para apreciar el arte. La vigilancia privada y las largas colas juegan en contra del goce estético. Ni hablar del caso del MALBA, cuyos altos precios en las entradas directamente cercena el ingreso a un pequeño sector de la ciudadanía.

El derecho al acceso y participación en la cultura es un bien primario. Sería conveniente instrumentar políticas culturales que lo garanticen. Hablamos de acceso en el sentido de tener la posibilidad de participación y disfrute de la vida cultural, como condición para el desarrollo y la emancipación individual de todos los ciudadanos. Pensamos en un acceso auténticamente democrático a expresiones de cultura diversas.

diseño
323
Web
schlottmann@fibertel.com.ar

ELECTRICIDAD
JULIO
Obras civiles. Instalaciones
eléctricas. Mantenimientos.
Presupuestos.
Tel. 4523-0153

Instituto de Idiomas
Genuine
Inglés.
Francés.
Portugués.
Italiano.
Chino.
Ramón Freire 3563
Telefax. 4541-6727
institutogenuine@hotmail.com

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El casamiento de Carolina y José

por Mariana Kozodij

Una experiencia llena de vida, tolerancia y respeto que data desde miles de años entre las comunidades indígenas del norte argentino

Es atrayente cuando uno recibe vía e-mail una invitación para un casamiento, digo atrayente por dos motivos: primero, resulta curioso recibir por correo electrónico una invitación a un casamiento entre personas a las que uno nunca vio en su vida; segundo, es aún más emocionante ser invitado a presenciar la ceremonia de enlace entre miembros de una comunidad indígena. Un hecho poco habitual, y no porque los hermanos originarios no se casen, sino porque no es usual que se realicen rituales semejantes a los que efectuaban sus ancestros milenarios. Por supuesto, acepté la invitación y empecé el viaje.

Abrí la ventanilla del tren en una tarde calurosa, iba en camino hacia Villa Elisa, al sur del Gran Buenos Aires. El trayecto fue rápido, el tren avanzaba por el túnel verde que conforma el Parque Pereyra Iraola al rodear las vías, llenando de esencias dulces el vagón, esencias que se mezclaban con el sudor de camisas y el polvo de las paredes de lata que crujían. Bajé en una estación que parecía de juguete, con su techito rojo y un camino serpenteante que se perdía tras unos edificios de siglos pasados.

Y a partir de allí me perdí en un mundo diferente, tan actual como arcaico, lleno de ambigüedades donde ser sólo testigo no alcanzaba.

Después de caminar por la ruta rodeada de árboles vetustos y acompañada por el silbido de los "bicho feo" que volaban de rama en rama, llegué a Rincón Andino, un lugar que como lo indica su nombre era un verdadero rincón alejado de la ciudad.

Tras tocar una campana para anunciar mi llegada y la de otros que venían siguiendo el mismo camino ingresamos al lugar de encuentro para compartir y ser parte de la ceremonia.

Un círculo conformado por hermanos blancos e indígenas rodeaba a los novios kolla Carolina y José, que ubicados en el centro, miraban con detenimiento cada instante de luz que el escurridizo tiempo regalaba ante la cercanía de la noche. Los novios estaban extasiados por los aromas de collares de flores silvestres que pendiendo de sus cuellos endulzaban todo el lugar.

El más anciano del grupo presente, quebró el silencio sólo hasta ese entonces interrumpido por el canto del viento entre el follaje. Santos Mamaní, anciano de la comunidad originaria de los Kilme, fue quien realizó la ceremonia en la que todos los elementos- agua, fuego, tierra y aire- tuvieron su lugar e importancia.

Entre el murmullo de las hojas y el zumbido de cientos de pequeños insectos, Mamaní comenzó agradeciendo a la Pacha Mama y al Tata Inti (la deidad masculina) por permitir la unión de dualidades, porque de eso se trataba de unir dualidades: cielo-tierra, macho-hembra, hombre-mujer y de realizar una comunión con la naturaleza circundante.

Luego de continuas palabras de agradecimiento y de permiso a la naturaleza para realizar la ceremonia, Rincón Andino se fue perfumando con la fragancia de la coca quemada, mientras los novios recibían mazorcas, calabazas y queso de cabra como regalo de la madre tierra. En el centro del círculo integrado por los invitados, se alzaba un altar, en cuyo suelo de arena se encontraban enclavadas las banderas de la biodiversidad que coronaban los bastones de mando. Estos bastones de diversas maderas como lapacho y quebracho estaban tallados en sus extremidades con la forma de cabezas de ave completadas con plumas de cóndor que se agitaban con el zigzagueante humo de la coca que se consumía lentamente en una tinaja de barro.

Los novios, Carolina y José, escuchaban atentamente cada palabra, cada sonido y observaban cada gesto con admiración, como lo hacen los gurruminos que empiezan a conocer el mundo fuera del abrigo de su madre. La espera de la concreción del enlace era sobrellevada a través de cada uno de los reconocimientos que debían hacer los novios por los favores otorgados.

Recién cuando la ceremonia estaba llegando a su fin, Mamaní encorvándose y levantando la punta de su poncho color tierra para que no tocara el suelo arenoso, desenterró un bastón de mando y se lo entregó a José mientras el círculo de invitados alzaba sus brazos al Tata Inti gritando *Jallalla,* una forma de saludar a los novios y darles la bienvenida a un nuevo estadio en el mundo. Los gritos de alegría se sucedían mientras pétalos rojos, blancos, anaranjados y rosas caían sobre nuestras cabezas y el color y la fiesta estallaban en el redoblar de bombos, ankaras, y quenas.

Más tarde cada uno de los integrantes del grupo e invitados, pronunciamos algunas palabras de aliento a los recién casados cerrando un círculo, que aun hoy en día, representa un símbolo de poder, fuerza y protección para los pueblos del norte argentino.

Una vez que Mamaní pronunció la última oración mientras la coca se consumía completamente en la tinaja, la fiesta comenzó, llenando el aire de Rincón Andino con aromas y sonidos provenientes de un chisporroteante horno de barro que cocinaba el *anticucho*, una especie de brochette de hígado, riñón y corazón saborizados con una deliciosa salsa picante que fue pasando de generación y generación –y de la que no pude obtener la receta- . Mientras el aroma de la carne cocida inundaba el lugar, el agua burbujeante llena de cenizas guisaba el *mote*, una clase de maíz que se cosecha en el norte y que utilizan los kollas cuando realizan viajes de varios días a través de los montes.

Después de saborear las comidas típicas y de beber litros de relatos, mitos y leyendas, algunos kollas, kilme, mapuches y guaraníes enarbolaron las banderas de la biodiversidad y al ritmo de quenas, ankaras, erquenchos, bombos y tambores se inició el baile, donde los *blancos* hicimos alguno que otro papelón tratando de imitar los pies danzarines de los hermanos indígenas que hacían los mismos pasos vivaces que sus ancestros hace siglos en la quebrada.

La fiesta se prolongó hasta casi el amanecer, entre coplas y un buen humor que el rocío del nuevo día no logró alterar. Ya había numerosos pespuntes rosados y alguna que otra lechuza dando unas últimas vueltas antes de volver a su nido, cuando todos los invitados nos fuimos cantando mientras caminábamos por la ruta hacia la estación de tren.

Aunque el día devolviera los colores a las cosas, la fiesta de Carolina y José ya se había apoderado de las tonalidades de un mundo diverso, donde el convivir y el respeto hacia el otro habían estado invitados al casamiento.

No sólo de leyendas vive el hombre.

Durante toda la noche en que se celebró la boda de Carolina y José decenas de mitos y leyendas recorrieron las mesas de Rincón Andino emborrachándonos de misticismo y deleite, pero hubo una leyenda que se repitió a lo largo de la fiesta... y que llegó a mis oídos a través de Benito Espíndola de la comunidad kolla: Cuentan los ancestros que cada pueblo buscó su fuerza en el dominio de los cielos y es por ello que los pueblos americanos del norte eligieron al águila como su ave mientras que los pueblos americanos del sur designaron al cóndor como su guía en los cielos... la leyenda dice que el día en que el águila y el cóndor se unan en los cielos se dará la verdadera libertad de los pueblos originarios del nuevo continente.

El hecho que se repitiera numerosas veces esta leyenda durante la noche marca la pauta de que los pueblos indígenas no olvidan su historia y siguen en la lucha por la reivindicación de sus derechos.

juma

julia malumian

Artesanía en vidrio
sibreve@hotmail.com

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Anecdotario Macedonio Fernández

por Víctor Malumián

"...Macedonio ¿usted leyó a fulano? No, fulano nació del lado en que las tortitas tienen azúcar quemada (le gustaban mucho) y por eso decía nació del lado que las tortitas tienen azúcar, todos creen nacer en el mejor lugar, donde mejor se come, donde viven las mujeres más hermosas..."

Se ha escrito mucho sobre Macedonio, pero poco tan interesante como su obra en sí. Recordemos que nació en 1874 cursó la carrera de abogacía durante su juventud y ejerció con desdén su profesión hasta abandonarla por completo. El nombre de Macedonio Fernández aparece con frecuencia al pie de trabajos publicados en las dos principales revistas de la vanguardia: *Martín Fierro* (1924-1927) que dirigía Evar Méndez, y *Proa* (1924-1925) dirigida por Güiraldes y Borges con Alfredo Brandán Caraffa y Pablo Rojas Paz. Muchas de estas colaboraciones fueron más tarde recogidas en su segundo libro, *Papeles de Recién venido*.

Inmerso en la metafísica, vivió una vida frugal dedicada al pensamiento filosófico. Su primera publicación, impulsada mayormente por sus amigos, *No toda vigilia la de los ojos abiertos,* publicada en 1928 fue la apoteosis de su pensamiento metafísico. Macedonio, como todos los autores de vanguardia de esa época pagó de su bolsillo la primer tirada, a razón de 240 pesos los 200 ejemplares, según cuenta en una carta que le envía a su hijo Adolfo. Continúan sus acostumbradas colaboraciones y escribe para la revista *Pulso, revista de arte de ahora* del poeta peruano Alberto Hidalgo, junto a Roberto Arlt, Eduardo Gonzáles Lanuza, Raúl González Tuñón y Leopoldo Marechal entre otros.

Quizá, su obra más comentada sea *El museo de la novela de la eterna,* como encarnación de su ficción literaria. Por último, cabe recomendar los *Cuadernos de todo y nada* y *Papeles de Recién venido* publicado en 1930 donde abundan sus originales razonamientos. Fallece en 1953 dejando un séquito de complacientes lectores sedientos de su obra purificada en una estufa de la calle Las Heras. Borges alguna vez escribió "...Yo, por aquellos años lo imité hasta la trascripción, hasta el apasionado y devoto plagio. Yo sentía: Macedonio *es* la metafísica, *es* la literatura. De un escueto libro perdido en una mesa de saldos rescatamos estas simpáticas anécdotas que lo pintan de cuerpo entero.

"...La mayor distancia del mundo es la que nos separa, cuando los buscamos perdidos, de los anteojos que tenemos puestos..."

Jorge Luis Borges comenta el fallido intento de Macedonio por alcanzar la presidencia. Existen marcadas discrepancias a la hora de definir los años por los cuales se extendió este proyecto, pero la versión más aceptada asegura que fue entre 1926 y 1927, durante el mandato de Marcelo Torcuato de Alvear.

"El mecanismo de la fama le interesaba [a MF], no su obtención. Durante un año o dos jugó con el vasto y vago propósito de ser presidente de la República. Lo más necesario (nos repetía) era la difusión del nombre. Macedonio optó por aprovechar su curioso nombre de pila; mi hermana y algunas amigas suyas escribían el nombre de Macedonio en tiras de papel o en tarjetas, que cuidadosamente olvidaban en las confiterías, en los tranvías, en las veredas, en los zaguanes de las casas y en los cinematógrafos. De estas maniobras más o menos imaginarias y cuya ejecución no había que apresurar, porque debíamos proceder con suma cautela, surgió el proyecto de una gran novela fantástica, situada en Buenos Aires, y que empezamos a escribir entre todos. La obra se intitulaba *El hombre que será presidente*; los personajes de la fábula eran los amigos de Macedonio y en la última página el lector recibiría la revelación que el libro había sido escrito por Macedonio Fernández, el protagonista, y por los hermanos Dabove y por Jorge Luís Borges, que se mató a fines del capítulo noveno, y por Carlos Pérez Ruiz, que tuvo aquella singular aventura con el arco iris, y así de lo demás.

En la obra se entretejían dos argumentos: uno, visible, las curiosas gestiones de Macedonio para ser presidente de la República; otro, secreto, la conspiración urdida por una secta de millonarios neurasténicos y tal vez locos, para lograr el mismo fin. Éstos resuelven socavar y minar la resistencia de la gente mediante una serie gradual de invenciones incómodas. La primera (la que nos sugirió la novela) es la de los azucareros automáticos, que, de hecho, impiden endulzar el café. A ésta la siguen otras: la doble lapicera, con una pluma en cada punta, que amenaza pinchar los ojos; las empinadas escaleras en las que no hay dos escalones de la misma altura; el tan recomendado peine-navaja, que nos corta los dedos; los enseres elaborados con dos nuevas materias antagónicas, de suerte que las cosas grandes sean muy livianas y las muy chicas pesadísimas, para burlar nuestra expectativa; la multiplicación de párrafos empastelados en las novelas policiales; la poesía enigmática y la pintura dadaísta o cubista. En el primer capítulo, dedicado casi por entero a la perplejidad y al temor de un joven provinciano ante la doctrina de que no hay yo, y él, por consiguiente, no existe, figura un solo artefacto, el azucarero automático. En el segundo figuran dos, pero de un modo lateral y fugaz; nuestro propósito era presentarlos en proporción creciente. Queríamos también que a medida que se enloquecieran los hechos, el estilo se enloqueciera; para el primer capítulo elegimos el tono conversado de Pío Baroja; el último hubiera correspondido a las páginas más barrocas de Quevedo. Al final el gobierno se viene abajo; Macedonio y Fernández Latour entran en la Casa Rosada, pero ya nada significa nada en ese mundo anárquico. En esta novela inconclusa bien puede haber algún involuntario reflejote *El Hombre que fue Jueves".*

Leopoldo Marechal cuenta "Macedonio era un personaje bastante misterioso, sobre todo con respecto a su existencia cotidiana, por ejemplo, era dado a habitar viejas quintas de Adrogué o del Gran Buenos Aires, que sus propietarios abandonaban durante el invierno y que él ocupaba durante esos meses para lograr una soledad absoluta favorable a su meditación; se decía que entonces, a fin de evitarse trabajo, preparaba un puchero una vez por semana y embotellaba el caldo, embotellaba el caldo en una época en que no había refrigeradoras eléctricas, de modo que no quiero pensar cómo sería el caldo el séptimo día de estar embotellado. Y por eso algunos dicen que fue el inventor de la penicilina, porque tal vez en ese caldo se hubieran producido algunos de esos hongos en los cuales creo que se resuelve la penicilina.

Recuerdo que lo visité, estábamos con Francisco Luis Bernández, en una casa de la calle Las Heras, pensión donde él ocupaba una pieza. Era verano ya, y tenía un calentador *Primus* y la pava puesta sobre el calentador y echando vapor a chorros (la pava ¿no?), y cuando le preguntamos por qué tenía esa pava así, dijo que el ambiente estaba seco y el necesitaba cierta humedad, porque los porteños vivimos en un clima húmedo y necesitamos un coeficiente de humedad para subsistir bastante considerable; entonces le pregunté si él no creía que con el andar del tiempo ese aumento de la humedad no nos podría convertir a los porteños en anfibios ¿no?, y consideró la posibilidad como verdadera...."

Manuel Peyrou relata "...Un vez su hijo Adolfo tuvo que viajar y le pidió a una vecina amiga que de vez en cuando se diera una vuelta por el piso de abajo donde vivía Macedonio. Un día bajaba ella por el ascensor y vio que la puerta del departamento de Macedonio estaba entreabierta; extrañada, se acercó, no oyó nada y la cerró. En los días siguientes se repitió la escena sin variantes. Por fin un día abrió más la puerta y se metió en el departamento. Al fondo de un cuarto en penumbras estaba Macedonio sentado en un sillón. Ella lo miró interrogativamente y Macedonio repuso, con vos ronca y cachadora –trampa para rubias-..."

"...Macedonio ¿Sábe hablar en otros idiomas?
-Sé estar callado en alemán, en ruso e inglés..."

Miguel S. Schapire rememora "...A mí me desconcertaba; de pronto me parecía un genio, de pronto un infradotado. Recuerdo algunas de sus rarezas: compraba masas para las cucarachas y las hormigas en su casa, a las que daba de comer como si fueran palomas; a él le gustaba hacerse huevos fritos pero decía que limpiar demasiado la sartén era impropio..."

Francisco Luis Bernárdez refiere "...Lo que Borges me dijo una vez (además lo escuché contapo por el padre de Borges, Jorge Borges) es que él y Macedonio junto con Julio Molina y Vedia y varios muchachos de aquí (por otra parte, gente de familia tradicional), entusiasmados por las ideas socialistas (no era el socialismo de ahora, sino el socialismo romántico de Saint-Simon, Lasalle. Macedonio era lector de Spencer y por lo tanto enemigo del Estado), decidieron hacer un experimento socialista en Paraguay, en unas tierras que durante la guerra de Paraguay algún ascendiente (no sé si con ese apellido) había quedado con unas tierras allá. Y creo que en el corazón de la selva paraguaya. Y allá se fueron ellos. Lo gracioso es que se fueron vestidos de jaqué, muchachos muy elegantes, de familias muy distinguidas y conocidas de Buenos Aires. Iban dispuestos a practicar el socialismo, verdad. Llegaron allí y los mosquitos los corrían, llegaron y a poco estaban aburridísimos, y suspendieron aquello. Es una anécdota de lo que es Macedonio. Estaba dispuesto a defender su singularidad de cualquier manera, un hombre que era una especie de isla en este país, entonces el país no era la sociedad de masas que es ahora. (Estas entrevistas tuvieron lugar en 1967 publicadas en el libro *Hablan de Macedonio* recopilado por Germán Leopoldo García*)*.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"Poe estaba muy equivocado"

Alberto Laiseca

por Ariel Fleischer y Víctor Malumián

Desde el umbral del edificio se escucha el timbre quejándose en un departamento de la calle San José de Calazans; nadie responde. En el oscuro pasillo se recorta la figura de un hombre alto y de caminar templado. Alberto Laiseca nació en los suburbios de Rosario, en 1941, pero se crió en la exigua localidad cordobesa de Camilo Aldao. Realizó diferentes oficios golondrina que lo pasearon por distintas provincias del Norte.

Mientras elaboraba sus textos dedicó seis años de su vida como empleado telefónico y durante otros diez fue corrector de pruebas en el diario *La Razón*. Lai, como le dicen Ricardo Piglia y el resto de sus amigos, se muestra tan alto como afable. Sus enormes bigotes se descorren como un telón antiguo revelando una sonrisa exagerada y unos dientes afectados por el cigarrillo. Abre la puerta de su casa e inmediatamente percibimos algo diferente: sus tres gatos, Greta, Lenin y Chop salen a nuestro encuentro como si fueran perros que están obligados a recibirnos, en cambio, su perro se mantiene distante y enigmático.

Sus dedos son largos y amarillentos; siempre sostienen un cigarrillo encendido. Intentó estudiar ingeniería, pero abandonó y se volvió un autodidacta, desde la física cuántica y la economía, hasta la astrología y la historia de los Sumerios. Se proclama pagano y politeísta. El cenicero está abarrotado de cigarrillos y una infaltable botella de cerveza descansa vacía sobre el escritorio.

¿Cómo es el proceso creativo?

Bueno, ese es uno de los grandes misterios. Él único que pretendió haberlo revelado fue Edgar Allan Poe y estaba muy equivocado, cuando dijo que había hecho todo *"El Cuervo"* de una manera cerebral –respira profundamente y luego califica- es un delirio. Nadie le creyó, yo tampoco. El proceso creativo es una cosa muy extraña, muy misteriosa, en la medida que uno inte..a detectarlo, ahí se jode todo. No se puede seguir un proceso determinado. En realidad, uno no sabe de donde le vienen las ideas, de las cosas que uno ha vivido, de las desesperaciones, de la cultura que tiene, de los deseos sobre todo. Pero si vos me preguntas por un proceso definido, no. No hay. No existe.

Escribo mejor de noche, soy lo que los astrólogos llaman un hombre lunar. Cuando sale nuestra madre, la Luna, nos da mucha fuerza, pero eso tiene su precio: el cuerpo apela a una energía extra que se gasta y uno se cansa demasiado, por lo que trato de escribir de día.

La gorda Dorys no cree en la teoría del "Big Bang" ¿Cómo se filtra su pensamiento en ese personaje?

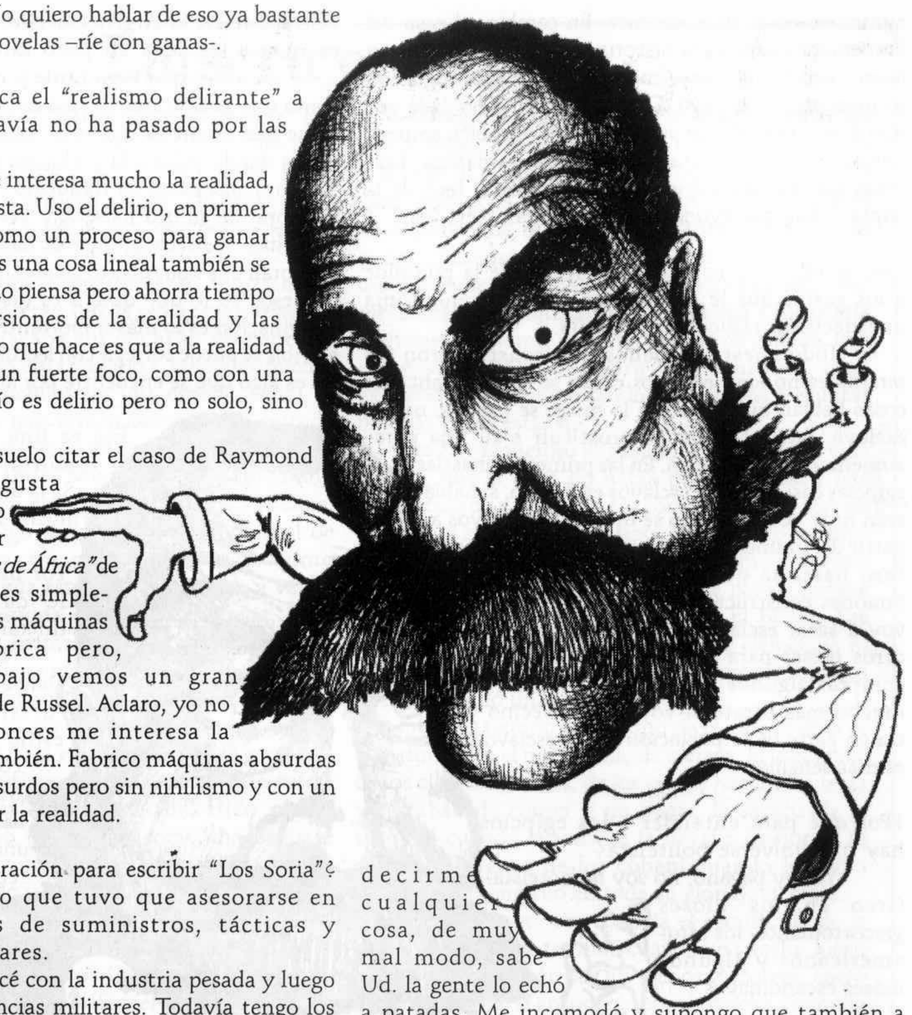
Ah si, yo tampoco creo en eso. Claro que me identifico mucho con la gorda y ahora que estoy panzón más -se mira la panza, ríe cómplice y continúa- cuando lo escribí era flaco, pero ahora que estoy panzón me siento completamente identificado. Yo creo que es una de esas ideas de tipo totalitario que están muy de moda y sobretodo en boga, pienso que la creación es otra cosa, la creación del universo es muy distinta de la que nos imaginamos. Pienso que son fuerzas descentralizadas. Hay muchas ideas totalitarias que intentan dar un orden comprensible a las cosas, por ejemplo la unificación de la física, las cuatro fuerzas, el electromagnetismo, fuerzas fuertes y débiles y por supuesto la gravitación. Yo no creo que se puedan unir, son fuerzas colaborantes pero descentralizadas. Lo mismo que su origen, no es único, a tal hora, a tal día a tal fecha, ¡tac! Empezó todo. No creo en nada de eso.

¿Cuándo relee sus libros reconoce la influencia de algún escritor en particular?

Pues mi querido amigo quién no ha sido influido, todos cargamos una enorme deuda, todos. Qué sé yo qué le debo a Oscar Wilde, por ejemplo, al propio Poe, Edgar Allan, ¿no? Una mujer que me formó mucho a mí es una escritora norteamericana que acá ni se la conoce, se llama Ayn Rand, escribió *"El Manantial"*, *"La Rebelión de Atlas"*, *"Lo que vivimos"*, esa mujer pienso que estaba muy equivocada en muchas cosas pero a mí que me importa. Las cosas buenas y positivas que me dio, esas me las dio. Esa mujer me dio la fuerza de vivir a mí.

En relación a esto que conversábamos de cómo se transforman los personajes en el "alter ego" del autor, en el "gusano máximo de la vida" describe una infancia aterradora ¿Cuánto tiene que ver con la suya?.

Si, mucho, Yo siempre que hablo de la infancia tomo cosas verdaderas de mi vida, eso seguro. Y si, tuve una infancia bastante totalitaria, yo siempre digo que viví en la Unión Soviética. Mi padre era Jhosep Visainovich Vlasvili Stalin, lógicamente el único refugio que yo tenía era la imaginación, era el único lugar donde era libre, después era un soldadito del consumo. Tenía que cumplir órdenes absurdas, órdenes contradictorias, castigos absurdos. No quiero hablar de eso ya bastante he hablado en mis novelas –ríe con ganas-.



¿Cómo se le explica el "realismo delirante" a un lector que todavía no ha pasado por las armas de Laiseca?

Mire, a mí me interesa mucho la realidad, nunca la pierdo de vista. Uso el delirio, en primer lugar como arma, como un proceso para ganar tiempo. Si escribimos una cosa lineal también se puede decir lo que uno piensa pero ahorra tiempo el delirio, las distorsiones de la realidad y las exageraciones. Uno lo que hace es que a la realidad se la pueda ver con un fuerte foco, como con una lupa, entonces lo mío es delirio pero no solo, sino delirio delirante.

Yo siempre suelo citar el caso de Raymond Russel que me gusta mucho, pero no es lo que yo haría. Por ejemplo, *"Impresiones de África"* de este mismo autor, es simplemente delicioso. Esas máquinas absurdas que fabrica pero, posiblemente, debajo vemos un gran nihilismo por parte de Russel. Aclaro, yo no soy nihilista. Entonces me interesa la realidad, el delirio también. Fabrico máquinas absurdas y procedimientos absurdos pero sin nihilismo y con un profundo respeto por la realidad.

¿Cómo fue la preparación para escribir "Los Soria"? Tenemos entendido que tuvo que asesorarse en cuanto cuestiones de suministros, tácticas y fabricaciones militares.

Ah, si. Empecé con la industria pesada y luego continué con las ciencias militares. Todavía tengo los libros de los oficiales retirados que compré en las librerías de viejo. Seguramente cuando un oficial se moría la familia que no le interesaba esos textos los vendía ahí por la avenida de Mayo. Por otra parte también leí íntegra la obra de Von Clausevitz de la guerra, pero no los leía como quién lee al pato Donald. Era una lectura como si yo fuera a entrar a la milicia, como si fuera un oficial; sino, no tiene seriedad el escrito. Ve, ahí está, Los Soria es una novela muy delirante, con máquinas rarísimas y sin embargo ya ve como he respetado la realidad, porque las batallas están escritas desde el punto de vista militar, no hay cosas hechas al pedo dentro de la batalla. Pienso que un militar no tendría nada para decir, por que he estudiado mucho. No sólo eso, la adquisición de metales también ha sido estudiada.

¿Recuerda alguna anécdota que en su momento lo incomodó y ahora le causa gracia?

No recuerdo, y si algo me incomodó me sigue incomodando ahora, en ese sentido no cambio. Cada tanto uno se encuentra con algún loco. Recuerdo que hace mucho estábamos presentando con Ricardo Piglia uno de mis libros, y un loco empezó a los gritos a decirm... cualquier... cosa, de muy... mal modo, sabe... Ud. la gente lo echó a patadas. Me incomodó y supongo que también a Ricardo.

¿Recuerda sus primeras publicaciones?

Si, claro. Tamara Camense me dijo "Mirá Lai a mi me gusta mucho lo que vos escribís, te voy a presentar a dos personas al Gordo Soriano y a Tomás Eloy Martínez" que por aquel entonces ambos trabajaban en el viejo diario *La Opinión* de Timerman que quedaba en el micro centro. Tanto Soriano como Tomás Eloy Martínez gustaron mucho de mis cosas. Martínez me publicó fragmentitos de algunas cosas. Y Soriano directamente mi novela. A su turno la llevó a *Corregidor*. Con el espaldarazo del gordo me la publicaron. Así fue como empezó la cosa.

En la novela "*La mujer en la muralla*" se observa que el Estado Chino se deshumaniza paulatinamente, sucede lo contrario en "*Los Soria*" ¿por qué esa inversión?

Bueno, al Monitor lo inventé yo, es un personaje mío y a mí lo que me interesa es que la gente se

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

humanice no se deshumanice. En cambio, el caso del Emperador Chino es la historia verdadera de él. Era un buen chico, hasta que se enteró que su madre cogía con su preceptor; y se rayó. De ahí empezó a ser cada vez más duro y más hijo de puta. El gusano también empezó siendo un hijo de puta y después se humaniza. Esas cosas tan humanas que tiene de ayudar al loco de la cripta... hay que ayudar a los demás también, ¿no?

Esto se relaciona con la construcción de la pirámide y los gastos que le representan al Faraón que toma una decisión radical con su hija.

Todo cuesta, aquellos que construyeron las pirámides no eran esclavos como se dice por ahí. Las cosas habían que pagarlas, la mano se pagaba, no era esclava. Entonces decide prostituir a su hija para aumentar la recaudación. En las primeras dinastías egipcias casi no había esclavos en Egipto, si había eran muy pocos. Egipto se inundó de esclavos a partir de Tudmosis III, que era un rey guerrero. Pero hasta la quinta dinastía eran todos faraones constructores. Entonces ¿de donde voy a sacar esclavos? Tengo que invadir a otros países para conseguirlos. Se pueden comprar algunos pero son muy caros; es mucho más barato si voy al país vecino y traigo parte de la población como esclavos, es más sencillo.

¿Por qué para entender a los egipcios hay que volverse politeísta?

Yo soy pagano, no soy monoteísta. Creo en los dioses grecorromanos, los afro-americanos y algunos dioses escandinavos.

¿Cómo surge la idea de inmiscuirse en el mundo televisivo?

Se le ocurrió a Gastón Luprat que hace mucho que es amigo mío y a Marcelo Khoen. Me vinieron a ver, antes yo vivía en San Telmo, y me dijeron "mirá Lai quisiéramos hacer una prueba porque nosotros pensamos que vos podes contar bien cuentos". Como acepté trajeron cámaras. Le aclaro, la idea fue de él. Entonces yo conté "*La pata del mono*" de W. Jacobson y salió muy lindo. Lo llevaron a I-Sat y así empezó todo. Llega un momento que el abanico de cuentos se termina y comienza un trabajo investigativo.

¿Cree que en la Argentina el reconocimiento a los escritores les llega un poco tarde?

Si, claro que llega tarde y nunca va a ser tanto como uno necesitaría, lo cual es peligroso para la obra. Yo se que mientras siga vivo, mas o menos me van a seguir dando pelota. El problema es cuando me muera si no he conseguido ser traducido va a ser peligroso para mi obra. Se murió Laiseca y veinte años más tarde escuchás "Laiseca, nunca oí hablar de él" y sino te nombran una sala Alberto Laiseca. Mi obra no gana nada con eso. Yo lo que quiero es que mi obra quede. La imaginación es lo más importante, porque la forma de escribir se puede corregir con lectura pero la originalidad no es algo que se encuentre por ahí.

Esa es una forma de volverse inmortal

Si, la única forma de hacerlo, mucho me temo.

Por último, ¿qué consejo le daría a los que se inician en la escritura?

Lo primero por lo que hay que preocuparse es por desarrollar una obra, un estilo propio y todas esas cosas. Hay un libro de Stephen King que se llama *Mientras escribo* es una especie de mezcla de consejos literarios y autobiografía. Me sorprendió mucho ese libro que es muy bueno porque dice dos de las tres cosas que siempre dije: no hay una isla secreta de las ideas, la única solución para escribir, para ser un escritor es leer más y escribir más. Eso es exactamente lo que yo había dicho siempre. Lo único que no dijo es esta tercera cosa, vivir más.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Laiseca en acción

Son tantos dólares, dijo la mujer. Era prostituta desde hacía dos años. Todavía estaba muy buena, a pesar de tantas cojidas sin amor. Flaca, altísima y con dos grandes gomas. El cliente venía con cara común. Lavadita. Ella, que por lo general era desconfiada, esa vez no dudó. «Soy tuya, bebé», dijo una vez llegados al departamento, mostrándole sus dos tremendas tetas. Pero él tenía otra intención. Al tiempo que sacaba un cuchillo de enormes dimensiones, como diría el diario *Crónica,* de Buenos Aires (más que cuchillo era una espada chica), le empezó a explicar que, si bien aún no había matado a nadie, estaba interesado en emular las hazañas de Jack el Destripador. Muchacho tonto: debió destriparla sin más, en lugar de dar tantas vueltas.

Ella quedó algo sorprendida. Andaba mal de droga y por eso, un poco ansiosa, no tomo precauciones. La púa estaba en su cartera, a varios metros, y ella desnuda como una estúpida. Si se hacía la fesa y se arrimaba de a poquito el otro la ensartaba. Lo vio en sus ojos.

Pero lo que ninguno de los dos sabía era que en el techo, esperando pacientemente, estaba pegado el gusano máximo de la vida misma. A él le gustaban las mujeres, no los tipos, pero al ver el asunto sufrió un ataque pasional de indignación. Hizo *plop* a espaldas del fulano, se le aferró como una lapa y le largó un misil de corto alcance. Aquel viboráceo fue algo tan inesperado y horrible que el punto largó el cuchillo, levantó los brazos y lanzó un grito de lo más teatral y artístico. Parecía Boris Godunov, en la inmortal ópera de Modesto Mussorski, hacia el final, cuando en su agonía dice: «¡Soy el zar! ¡Soy el zar!». Cayó a tierra y, como pudo, arrastrándose, salió del lugar con el culo roto.

«Supongo que te debo algo», dijo la flaca. Se acostó en la cama y abrió las piernas. Cosa curiosa: el gusano se deserotizó muchísimo. A él le gustaba tomar sin que le diesen. De todas maneras saltó como una rana y la cazó al mismo tiempo en todos los lugares. La cazó pero poco. La otra tuvo que ayudarlo. Debió multiplicar sus manos para levantar las distintas partes. El monstruo consideró que era una vergüenza que no pudiese sin ayuda y, apelando a su voluntad nietzscheana, al último yoga, comenzó a fornicarla de firme. «Matáme, matáme gusano de mierda, que me gusta.» «¿Querés morir?», preguntó él muy extrañado. «Siempre y cuando no me hagas preguntas boludas como ésta, sí.»

Era tan asqueroso el gusano máximo de la vida misma, que la puta no había podido impedir irse erotizando de a poco. No era como . . . .coger con un punto y ni siquiera con un tipo. Desde que la reventó su primer fiolo que no tenía un orgasmo así. Tuvo uno fuerte, otro menos y le dijo que parase porque no quería desacralizar la novedad. El bicho, que habitualmente no atendía pedidos de clemencia ni de cualquier otra naturaleza, para su propia sorpresa obedeció como una ovejita.

En poco tiempo el máximo de la vida misma se transformó en el nuevo fiolo de la flaca. Él la cuidaba de los clientes jodidos, de los que se hacían los fesas y trataban de comer y no pagar, la sacaba de la taquería cuando la yuta se la llevaba (mejor ni te cuento el cagazo de los cobani cuando lo veían aparecer al monstruo en toda su gloria), etcétera.

El por primera vez conocía el significado de la palabra amor. Todo terminó cuando una noche, luego de una peregrinación por los techos y azoteas, entró por la ventana y la encontró sobre la colcha, desnuda y muerta por una sobredosis.

Tres días estuvo llorándola. Como su flaquita se iba poniendo cada vez más fea por la putrefacción dejó el lugar para siempre.

Esperando a Godot

Convoca ilustradores, dibujantes, artístas plásticos y escritores para publicar sus trabajos. Con este fin enviar un e-mail a:

revgodot@yahoo.com.ar

Por si le picó el gusano máximo de Alberto...

Su turno para morir (1976)
Matando enanos a garrotazos (1982)
Aventuras de un novelista atonal (1982)
Poemas chinos (1987)
La hija de Kheops (1989)
La mujer en la muralla (1990)
Por favor ¡plágienme! (1991)
El jardín de las máquinas parlantes (1993)
Los Soria (1998)
El gusano máximo de la vida misma (1999)

El cuerpo del otro a través de la obra de Joel Peter Witkin

por Ariel Fleischer

"Voy hacia lo que menos conocí en mi vida: voy hacia mi cuerpo"
Héctor Viel Temperley

La frase resuena inquietante al oído de cualquiera pero excluyente en cuanto a cierto criterio de verdad: *voy hacia lo que menos conocí en mi mida: voy hacia mi cuerpo*, escribe el poeta, no sin pena por el tiempo en que desconoció su cuerpo pero con la convicción de la nueva exploración emprendida: va en su búsqueda, tras ese objeto de pasión y de odio donde se escribe la historia de la civilización humana.

El devenir de la vida de un hombre es el de esa materialidad que llamamos cuerpo donde es posible leer tanto los deseos y pasiones como la violencia y la opresión; con el cuerpo atravesamos las dos instancias decisivas: con él se inicia la vida, con él se aveza a la muerte. El cuerpo es el elemento central de la existencia de todo ser vivo: conocemos debido al cuerpo, nos relacionamos a través de él, nos reproducimos por su medio. Objeto de tal importancia para el hombre, y debido a ella, el cuerpo ha sido tantas veces admirado como demonizado, construido como reformado.

Dar cuenta de las modificaciones históricas de nuestro cuerpo es esbozar una complejísima trama de situaciones y factores que escapan a estas notas. Sin embargo, siguiendo las teorizaciones de H. Marcuse,1 podemos afirmar que el cuerpo ha sido desplazado en la cultura afirmativa2 hacia la sola instancia de la auto-conservación y la reproducción sexual.

El cuerpo del hombre está condenado al trabajo (este solo le basta —y cada vez menos— para la instancia de la supervivencia) mediante mecanismos de explotación económica que bajo la fachada de una cultura falsa encubren el dominio y la irracionalidad. Esa falsa cultura sostiene la existencia de una entidad no corpórea, por ello más allá de la materialidad, el "alma", a la que se debe educar y engrandecer. En oposición a ésta se presenta al cuerpo, que debe someter sus sentidos al dominio del "alma". Esta construcción histórica del ente "alma" legitima el dominio del capitalismo.3

La vida sexual del hombre, según las reglas de la moralidad burguesa, sólo debe limitarse a las funciones de reproducción: el placer le está vedado porque la energía de la líbido debe ser conducida hacia el proceso productivo para asegurar la plusvalía; al decir de M. Horkheimer y T. W. Adorno "la condena de la carne por parte del poder no era más que el reflejo ideológico de la opresión".4 Si el placer será reprimido, la reproducción sexual será "liberada" ya que establece la continuidad del sistema.

Estos controles y disciplinas que se ejercen sobre el cuerpo están en constante tensión respecto a los valores del hombre como ser animal: el cuerpo aún es deseado como lo prohibido porque en él descansa la sexualidad y "el sexo es el cuerpo no reducido".5

Fruto de este proceso histórico de la razón instrumental —razón para los medios y no para los fines— el cuerpo del hombre ya no le pertenece, es cuerpo de la industria. Está sometido al proceso productivo y, también, a la "industria cultural" que hace del ocio otra fuente de explotación. El individuo se encuentra limitado a su cuerpo orgánico y en esa soledad existencial, en forma vulnerable, enfrenta al mercado laboral con la nítida y real sensación de enfrentarse con su cuerpo a un gigante, demostrándose a sí mismo que entre su persona y su cuerpo hay un abismo.

Ese y otros abismos como el mencionado son manifiestos en nuestra actualidad a través de la publicidad y el consumo. La serie de valores e ideales representativos de la clase dominante se presentan como los de toda la comunidad. Allí aparecen los modelos sociales que no son más que la reproducción del discurso del poder. El cuerpo, que ya ha sido convertido en funcional al trabajo, pasa también por una instancia de identificación con aquellos ideales: se lo buscará cambiar estéticamente poniéndolo al tono de la moda, se lo renovará en su alimentación, en su musculatura e incluso, mediante los nuevos alcances tecnológicos, será objeto de intervenciones quirúrgicas. Todo aquel que no se adecúe a la mímesis será ignorado, excluido, refractado, marginado. Éste es el sector de los desplazados: aquellos individuos que van desde los pobres y locos hasta los mutilados, tullidos y deformes.

La fotografía de Joel Peter Witkin6 se nutre como fuente principal de éstos individuos, de los cuerpos ajenos a la institucionalidad. Su polémica obra aborda el cuerpo del otro, pero del distinto, del relegado. Así es como sus modelos se reclutan entre jorobados, hermafroditas, enanos, obesos, mutilados y cadáveres. Su búsqueda está orientada a demostrar lo que somos, lo que podríamos haber sido o podemos ser (mutilados, tullidos, etc.) y lo que vamos a ser (cadáveres), poniendo el acento en lo efímero del hombre.

Su obra *Portrait of a dwarf* [Retrato enano, 1987] es reflejo de toda su producción. La mujer enana y obesa, en ropa interior y antifaz, compone la escena junto a un busto sin rostro y un caballo diseccionado; todos dispuestos sobre un manto blanco que sirve de fondo y de alfombra. A la derecha, digamos que en el mundo de lo "normal", se ven las piernas de otra persona que, seguramente, observa la escena menor de la fotografía. En la imagen todo permanece en un estado de relativa quietud y calma inquietante. El montaje no es descuidado: remite a ciertos climas de Goya, Velásquez y el Bosco. La iluminación oscura, con algunos contrastes sobre la modelo, hace que los elementos integrantes sean claros, pero el contexto no. Este aspecto luego se ve amplificado técnicamente a través del rayado de la placa en el laboratorio, su impresión en papel de seda, su pigmentación a mano, el tratamiento con químicos, la aplicación de cera caliente y el pulido, que tornan la fotografía con aires de daguerrotipo. Todas estas variables se repiten en otras fotografías del autor: máscaras, ropa interior, animales, disecciones, oscuridad, sexo, violencia.

Es interesante destacar a los efectos de este trabajo el lugar que ocupa la belleza. Witkin reivindica el valor del cuerpo socialmente considerado como "feo", lo incorpora a la sociedad con una nueva carga de belleza: lo sexual. Construye a partir de la ubicación de los modelos, de sus vestimentas, de los climas y poses una figura que invita a una sexualidad pero, ciertamente, vedada con un halo de misterio. De modo que belleza y sexualidad van unidas, tal como sostenía S. Freud.7

Las composiciones fotográficas de Witkin —más allá de la intención con que produzca su obra— facilitan el acceso a la comprensión de los otros desde una nueva mirada ya que escarban prejuicios y los desarticulan a través del proceso subjetivo-objetivo de la percepción: Witkin nos recuerda que estas personas existen y son tan dignas como las demás. Tal vez podríamos decir que esos cuerpos de modelos que utiliza son "auráticos" en tanto que son "la manifestación de una lejanía", porque son cuerpos ajenos a la "realidad" (no están en su superficie), son invisibles porque no se quieren ver, son negados; pero a través de la fotografía de Witkin cobran protagonismo nuevamente, se los reivindica.

Tal vez la obra de Witkin sea identificable, en alguna medida, con estas palabras de Marcuse: "...Las clases desmoralizadas que conservan formas semimedievales y que han sido desplazadas a las capas más inferiores de la sociedad, constituyen, en este caso, un recuerdo premonitorio. Allí cuando el cuerpo se convierte en una cosa, en una cosa bella, puede presumirse una nueva felicidad. En el caso extremo de la cosificación, el hombre triunfa sobre aquella. El arte del cuerpo bello tal como hoy puede mostrarse solo en el circo, en los *varietés* y en las revistas, esta frivolidad desprejuiciada y lúdica, anuncia la alegría por la liberación del ideal, a la que el hombre puede llegar cuando la humanidad, convertida verdaderamente en sujeto domine la materia. Sólo cuando se suprima la vinculación con el ideal afirmativo, cuando se goce de una existencia sabia, sin racionalización alguna y sin el menor sentimiento puritano de culpa, es decir, cuando se libere a los sentidos de su atadura al alma surgirá el primer brillo de otra cultura...".8

Notas

1 "Acerca del carácter afirmativo de la cultura". En H. Marcuse: *Cultura y Sociedad*. Bs. Aires, Editorial Sur (Col. de Estudios Alemanes), 1970. Quinta edición. Versión castellana de E. Bulygin y E. Garzón Valdés.

2 Entiéndase ésta como aquélla de la época burguesa que ha conducido a la separación del mundo anímico-espiritual por sobre los demás valores de la civilización.

3 Sostiene Marcuse que "las alegrías del alma son menos costosas que las del cuerpo". En "Acerca del carácter afirmativo de la cultura". En *Cultura y Sociedad*.

4 "Interés por el cuerpo". En T. A. Adorno; M. Horkheimer: *Dialéctica del Iluminismo*. Bs. Aires, Editorial Sur (Col. Estudios Alemanes), 1969. Versión castellana de Héctor A. Murena.

5 Ibídem.

6 Nació en EEUU en 1939. Su fotografía toca temas grotescos y degradantes. Muestra cadáveres reales destrozados, situaciones incomodas, sadomasoquistas, hermafroditas y demás. En 1967 decidió trabajar como fotógrafo independiente y actuó como fotógrafo oficial de City Walls Inc. de Nueva York. Posteriormente realizó estudios en la cooper School of fine Arts, de N.Y., donde obtuvo en 1974 el título de Bachelor of Arts. Después de haber obtenido una beca de poesía en la Columbia University, finalizó sus estudios en la Universidad de Nuevo Mexico, con el título Master of Fine Arts. Witkin alborotó la opinión pública en los años ochenta, con fotografías de personas deformes y partes de cadáveres. Desde una posición marginal, ha logrado con los años establecerse en el mundo del arte reconocido.

7 "...Me parece evidente que el concepto de lo bello hinca sus raíces en el terreno de la excitación sexual y designa originalmente lo que es sexualmente estimulante". En S. Freud: *Tres ensayos sobre la teoría sexual*. Bs. Aires, Editorial Paidós (Col. Pensamiento Contemporáneo), 1972.

8 "Acerca del carácter afirmativo de cultura".

JM LIBROS

Librería virtual especializada en la venta de libros curiosos, agotados, coleccionables y primeras ediciones en literatura y poesía hispanoamericana.

Compramos bibliotecas

www.geocities.com/jmlibros

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El fanatismo en la ciudad. Paradojas de nuestra sociedad.

Fanatismo religioso, fanatismo político, fanatismo futbolero, fanatismo tecnológico. Versiones de intolerancia, al interior de una sociedad cada vez más autodestructiva.

por Hernán López Winne

El año que pasó fue testigo de numerosos conflictos sociales que acrecentaron la ira en el seno de una sociedad convulsionada, aún herida por la paupérrima gestión gubernamental de Fernando de la Rúa y los trágicos sucesos de diciembre de 2001. En las últimas semanas de este ¿malo? ¿bueno? ¿aceptable? 2004 afloraron las huelgas del gremio de la recolección de residuos, de los telefónicos, del transporte. Ante situaciones tirantes donde las respectivas empresas (herencia impecable de los noventa), no cumplieron con medidas y salarios pactados, los trabajadores recurrieron a medidas de fuerza, incluidas como derechos en la Constitución Nacional. Consternados por semejantes barbaridades (leáse por barbaridades, protestar y pedir que se cumplan las condiciones de trabajo), los demás ciudadanos – los que no tienen inconvenientes de esa índole – se hicieron oír en los medios, quejándose por la falta de solidaridad de sus compatriotas que deberían brindarle los servicios en tiempo y forma (subte, trenes, recolección de basura, etcétera). También estuvo en el centro de la opinión pública la discusión sobre la inclusión de la educación sexual en los programas de estudios de los colegios. Amparados en viejos designios religiosos, algunos grupos encontraron a la propuesta una violación de los principios de la Iglesia. Y la Iglesia satanizó una muestra de arte de León Ferrari...

No hay nada nuevo en todo esto. Nuestra corta historia aporta numerosos ejemplos de conflictos, disconformidades y demonizaciones. Desde el humanismo de Domingo Sarmiento y Juan Bautista Alberdi, que defendían el voto universal pero sólo para los "cultos" y creían en la superioridad europea y la ventaja de eliminar a "los criollos"; pasando por el fetichismo extranjerizante del clan Roca-Juárez Celman-Pellegrini, la violencia yrigoyenista y su paternalismo ante los obreros (paradójico, ¿no?), y el pendularismo peronista; hasta la dictadura militar que comenzó el 24 de marzo de 1976 – precedida por la funesta experiencia de Onganía – sólo tuvimos en el país gestos aniquiladores. Indudablemente, la impronta tristemente violenta del accionar de Videla y compañía marcaron un punto de inflexión en nuestra historia, que dio origen al título de esta nota. Tal vez por miedo, tal vez por caer en la desconfianza hacia el otro inyectada por los militares, el individualismo ganó espacio en los últimos treinta años. Terminó resultando imposible mirar al necesitado, porque éste se convertía en un nuevo enemigo.

¿Qué hace la sociedad hoy? ¿Por qué reaccionamos con irreparable extremismo ante situaciones ineludiblemente conflictivas? Arremetemos con fuerza contra el gobierno por la inseguridad, la pobreza y el hambre; observamos sin equivocarnos que el nivel de desempleo es el más alto en mucho tiempo. Pero cuando hay un piquete, también destacamos que los piqueteros cercenan "los derechos de los demás". ¿No somos todos iguales, los que protestan y los que no necesitan hacerlo? ¿No saldríamos a tomar medidas de fuerza si hiciéramos el trabajo insalubre que realizan los recolectores de residuos – porque es insalubre, de eso no hay dudas – , y nuestros empleadores no cumplieran con lo que nos prometieron? En el seno del pensamiento colectivo, las diferencias parecen acentuarse cuando la situación individual se ve afectada, y el sentimiento comunitario de solidaridad con el otro se plasma cada vez que hay un reclamo, siempre y cuando no afecte particularismos. En esas ideas, ambiguas desde el inicio, yace el más básico fanatismo. Solidaridad con quien también es como nosotros e intolerancia y repudio con los otros. Con este esquema, puede comprenderse que estemos en contra del capitalismo voraz que mata de hambre a mucha gente pero a favor de la caída de las Torres Gemelas, como símbolo de ese capitalismo, hecho que llevó consigo la muerte de muchas personas. Entendiendo este funcionamiento ideológico, caemos tristemente en una paradoja irreversible, un círculo vicioso que es igual a la serpiente que se muerde la cola. Porque ese fanatismo que puede deducirse de cada acto social, se transpola a distintas esferas de la sociedad. Y con extrema sencillez, nos encontramos peleando unos contra otros, sin motivos verdaderamente convincentes. Ricos contra pobres, peronistas contra radicales, River contra Boca, tecnócratas contra tecnófobos...

Cuando terminaba el año y dábamos paso a un esperanzador 2005, ocurrió ¿lo menos esperado? La triste tragedia de República Cromañón volvió a movilizar a la ciudadanía, que parecía estática tras las manifestaciones masivas por el corralito. ¿Cuánto durará el recuerdo? ¿Cuán verda-dera es la solidaridad? ¿No es lamentable que tengamos que dudar de nosotros mismos? Lo cierto es que – y lo marca la historia reciente – cuando haya una marcha cortando las arterias más importantes del tránsito, nos habremos olvidado, intencionalmente o no, del pesar de las familias de las víctimas y de la horrorosa cantidad de muertos. Seguramente se entenderá a los manifestantes, "pero todos tenemos derecho a circular libremente".

No parece existir un concepto intermedio, mediador que concilie las posturas extremas, fanáticas que nos gobiernan. Aún desde la cúpula presidencial, se habla siempre en términos de detractores y partidarios, de los buenos y los malos. De que la culpa es de Ibarra *o* de los bomberos *o* de la gente. Pasó con el cuento chino, auténtico boom en la opinión pública, que logró provocar en el Poder Ejecutivo algo realmente inaudito: en menos de una semana, los orientales pasaron de ser los salvadores de la patria a los malos de la película. Hoy, por supuesto, ya nadie se acuerda de Hu Jintao (¿quién?), pero su cara fue repetidamente mostrada en los diarios más impor-tantes del país. También ocurrió con el caso bien resuelto de Patricia Nine: un oasis en el desierto permitió que la policía bonaerense cambiara, de un viernes a un lunes, insultos por elogios, que se condecoraran policías y se frenara la caza de brujas.

En medio de todo, "el pueblo argentino", "la sociedad"; o el colectivo imaginario que más nos guste, ve pasar los días con angustia, ante la severidad de los hechos que se repiten día a día. Lamentablemente, contagiada de ese fanatismo, imprime a sus expresiones públicas y cotidianas la ambigüedad típica del fanatismo ya descripto. Cae en el círculo vicioso de las paradojas, sin ver que en ese juego diábolico los criticados y los que critican son lo mismo, sin darse cuenta de que los males, para unos y para otros, serán siempre potencialmente los mismos y que tal vez, en el futuro, los piqueteros sean esos que hoy se quejan ante el caos del tránsito y la pérdida del presentismo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar